

ALMACÉN  
DE FRUTOS LITERARIOS.



Semanario de Palma.

JUEVES 27 DE JUNIO DE 1844.

Literatura.

¡Lo que hizo un sermón!

I.

En el año de 1826 sucedió un caso muy raro en un lugar de la Vieja Castilla, que aunque el saberlo nada en mi juicio podrá servir en una época cuyo carácter y tendencias son muy diferentes de las que entónces dominaban, valdrá á unos para entretener el tiempo, y á otros para murmurar, criticar y reirse de cuanto es santo y laudable.

El primer domingo de dicha cuaresma en el susodicho lugar (esto huele á curia; pero ya que hago este paréntesis diré, que algunos juzgarán una falta el no nombrar el pueblo; pero tengan paciencia que también yo tengo mis razones para no hacerlo) predicaba un R. P. que gozaba gran nombradía como predicador y como confesor; aunque no dejaba sin embargo de tener quien le hiciera la oposición; pero eran siempre los mas los que tomaban á su cargo su defensa. A las dos de la tarde las campanas de la iglesia en la

que el *reverendo* debía pronunciar su oracion, llamaban ya á los fieles; y al poco tiempo veíanse las calles llenas de un inmenso gentio que con el fin de coger un sitio cómodo, dirigíase precipitadamente al templo. Tan pronto se veia á una *mamá* entretenida en repartir sendos bofetones á los chiquillos que no querian resignarse á pasar en la iglesia dos horas de sujecion; como á una tia que murmuraba y se incomodaba con su tenaz sobrina porque no ponía una muy risueña fisonomía por ir al sermón, y de buena gana hubiera preferido á esto el pasar la tarde con otras amigas y amigos jugando á *juegos de prendas*. Aquí veíamos á un cura reñir con un grupo de pedigüños que le acosaba y le perseguía sin descanso hasta que el *bonus vir* echaba mano de los ochavos que llevaba al efecto, y con ellos apagaba aquellos penetrantes lamentos: allí una tan *linda* pareja, que sin duda era *retrógrada*; porque cuanto mas se afanaba y se esforzaba para llegar á la iglesia, tanto ménos adelantaba, amen de los tropiezos y amagos de dar en tierra que á cada paso ponian en un conflicto á los *nenes* que la componian. Pero no nos riamos de las *crónicas* que formaban esta pareja, porque al fin y al cabo por habernos chocado, nos han suministrado materiales para la composicion de este articulejo, que parece cuento y no lo es.

El señor don Liborio (ya diremos despues quien era este personaje) y su querida esposa dirigíanse *mancomunadamente* á la iglesia con el fin tambien de oír el sermón; aunque pareceme que si eran pecadores buscaban el arrepentimiento á última hora, porque entre los dos contaban la miseria de 168 años. Con esta aclaracion nuestros lectores no estrañarán que el señor don Liborio tomase dos horas de anticipacion, para aquí caigo allí levanto, estar á tiempo en la iglesia y no perder una palabra del sermón; pues tenia la costumbre de repetírselo á sus contertulios, poniendo de su cosecha glosas y comentarios.

El señor don Liborio trápala era un mayorazgo de aldea, de aquellos cuyas rentas y poderío pueden calcularse por la significacion del dicho vulgar «*camuesos de ciento en libra*»; pero que por eso no dejaba de tener su dosis de orgullo, no tratándose mas que con los que eran de su rango, y mirando con desden á los que en su juicio pertenecian á distinta clase que la suya. Era un señor mayor (creo llamarle así con alguna propiedad) tan ápegado á las antiguas costumbres, que habia rechazado la moda de los pantalones (y eso que entónces no eran de *trabillas*) y ni por un ojo de la cara dejaria sus *calzones*, ni perderia la costumbre de vestirse el día del *Corpus* á la antigua usanza, sacando á relucir su espada y sombrero triangular. Tenia por fruto de sus amores con doña Ursula Centeno una jóven, que por mas que don Liborio lo digera, no lo era ya, pues rayaba en los treinta. Aquel día no habia podido la niña hacer de *tente-mozo* acompañando á su papá al sermón; porque interesadamente se habia hecho *la mala*, y como don Liborio aunque la viera con la *Estremauncion* no habia de perder una plática de Fr. Saturnino (llamábase así el fraile predicador), habia recomendado á su hija que mientras él y su madre estaban en el sermón, no saliera del gabinete, y se entretuviera en rezar el rosario. Verdaderamente que la mas jóven mas debía pensar ya en ese entretenimiento que en el que habia escogido, ignorándolo su papá: pero sea de ello lo que se quiera, lo cierto es que desempeñó á las mil maravillas el papel de enferma, y vió cumplido su deseo que era el de librarse de su papá una ó dos horas, para tener una entrevista con un su amante, que habia algun tiempo deseaba apoderarse.... no de la niña, sino del

mayorazgo. Tuvo lugar la cita al mismo tiempo que el fraile en el púlpito explicaba los preceptos del decálogo; y aunque entre los amantes hubo sus dimes y diretes (¡vaya, tenía celos la niña!) quedaron con el dolor en el corazón considerando que en ocho días no se volverían á ver; pero al mismo tiempo reiteraron sus protestas de amor y se dieron recíprocas seguridades.

Después de esto se volvió á leer el sermón de Fr. Saturnino. II. *Después de esto se volvió á leer el sermón de Fr. Saturnino.*

— Sabe V. señor don Liborio que hay moros en la costa? Le dijo un su amigo, dos días después del sermón de Fr. Saturnino.

— ¡Hombre! contestó don Liborio sobresaltado, pues esto es lo que nos hace falta, después de la guerra con la Francia: vamos si lo digo yo; no hay nación mas perdida que esta.

— Santo varón, si no es eso: V. todo lo entiende al revés. Quiero decir á V. que... que la Teresita está entretenida.... ¡Ah! Quién diablos le habia de comprender á V?... Sí, hace algun tiempo que está dispuesto su enlace con don Juan Paniaga, que aunque no ha salido nunca de un lugar, es muchacho muy honrado, y no dudo que hará la felicidad de mi chica. Ahora solo quiero que se casen antes de que Dios me lleve á mejor vida.

— Cada vez, don Liborio, estoy mas convencido de que es V. un pobre hombre. Si de lo que ménos se acuerda Teresita es de casarse con don Juan: tiene un cortejo, y como yo sé que ambos se quieren no estrañaré que le dejen á V. en blanco, dando unas calabazas al pobre don Juan.

— V. quiere chancearse, contestó don Liborio; ¿mi hija cortejo? Si no sale de casa mas que conmigo, y la llevo á los sermones, y la hago rezar todos los dias el rosario.

— Se la pegan á V. don Liborio.

— Explíquese V. don Anacleto, por la pasion de Ntro. Sr. Jesucristo. V. me ha metido en un laberinto.

— Pues señor, replicó don Anacleto muy formal, á mí me consta que su hija de V. tiene un cortejo; y sé que el domingo miéntras atentamente oia V. á Fr. Saturnino, *evacuaron una cita.*

— Pero hombre, quién es ese señor cortejo.

— Un petimetre, contestó don Anacleto.

— ¡Hombre, con un lechuguino! dijo don Liborio muy admirado: y qué oficio tiene?

— Ahora ninguno, don Liborio, pero piensa pretender un destino (1).

— Vamos, si donde uno ménos lo piensa salta la liebre. Pero no se casará mi hija con su nuevo cortejo, yo se lo aseguro.

Despidióse don Liborio del amigo que nuevas de tanta importancia le habia traído, y como dudando de lo que acababa de oir, interpeló luego á su hija sobre los hechos referidos por don Anacleto. Hubo todo aquello de negar, de protestar etc. etc.; pero como á la pobre muger se la pusieron algo sonrosadas las mejillas, don Lupercio como esperto, y por sus años hombre de voto, no vaciló entónces en dar entero crédito á las revelaciones de don Anacleto. Riñó ásperamente á su sobrina, y la amenazó con meterla en un convento (este recurso ya se acabó) si no cumplia lo que su padre le mandaba.

(1) Ya entónces empezó á desarrollarse esta enfermedad, y si hubiera habido buen médico, mas sanos estaríamos ahora.

A las voces de don Liborio acudió la *mamá*, que tomando parte en la discusión, salió á la defensa de su hija, llamando bárbaro é inhumano al pobre *papá*.

## III.

Dos días antes de predicar Fr. Saturnino su segundo sermón de cuaresma, nuestro don Liborio le hizo una visita con un fin diabólico, y que nuestros lectores sabrán muy luego. Encontró al reverendo engolfado y por demás distraído en revisar á S. Agustín y San Bernardo, sin duda para componer algún sermón, pero don Liborio no tuvo reparo en distraerle con esta salutación.

— Sabeis Fr. Saturnino que tengo una hija que me da muchos disgustos.

— Don Liborio, esas son consecuencias del matrimonio: el matrimonio proporciona muchos placeres pero en cambio son mas siempre los disgustos.

— Por eso, replicó don Liborio, vosotros os librasteis de los segundos metiéndolos en un convento para encomendaros á Dios y asistir puntualmente al refectorio.

— Siempre estais de broma, don Liborio.

— Pues ahora Fr. Saturnino, á fe mia que no lo estoy.

La Teresa se quiere casar con un perdulario, nada mas que porque viste á la moda y sabe bailar bien. No hace caso del novio que yo la he buscado, que es un guapo chico muy hourado y sobre todo de mucho juicio, y ya ve que no son cosas para echarlas en saco roto en estos tiempos de perdicion.

— Ya, ya, ya lo conozco, repitió fray Saturnino, cuatro veces muy pensativo.

Pues para que haga lo que yo la mando sé un remedio que me parece ha de surtir buenos resultados. Pasado mañana esplicais antes del sermón el cuarto precepto del decálogo; y me hareis un gran favor si os deteneis en este punto, y si con negros coloridos pintais la suerte de los hijos que desobedecen á sus padres: la chica es muy timorata, y repitiéndola en yo casa lo mismo que hayais dicho en el sermón, no dudo que haremos algo.

— Si en eso consiste el que vuestra hija se case con el novio que la habeis buscado, yo puedo fácilmente complaceros; pero solo siento que hayais venido tan tarde porque ya he escrito el sermón y tengo que variar algunos párrafos para daros gusto; pero lo haré y me alegraré que vuestra hija saque algún fruto del sermón.

— Poco trabajo costará á un hombre tan sabio como Fr. Saturnino el variar el sermón, contestó don Liborio, y se despidió del padre reverendo.

No estrañen nuestros lectores que Fr. Saturnino sintiera variar su sermón; porque lo hacia con el fin de darse alguna importancia; pues era uno de aquellos *predicadores de la legua* que no han compuesto nunca mas que un sermón que saben acomodar á cuantos tienen que predicar. El primero y último sermón que compuso Fr. Saturnino fué uno á San Blas, que sin duda era enciclopédico porque de él se valia para salir bien de cuantos le encargaban. ¿Quién sabe las ediciones que se harian del sermón de San Blas?

## IV.

Como el auditorio puede suponer con no poca impaciencia esperaba don Lupercio la hora en que Fr. Saturnino debía pronunciar su plática, y aun-

que Teresa queria valerse del mismo efugio que el domingo anterior para librarse de ir á la iglesia, su papá, aunque realmente estuviera espuesta á un ataque de nervios, á buen seguro que no la dejaria en casa y la llevaria al sermón si necesario fuese en una cama.

Renegando y murmurando por lo bajo vistióse desdeñosamente Teresa cuando don Lupercio con tono imperativo la obligó á acompañarle á la iglesia la tarde del domingo. ¿Quién hubiera podido entonces iniciar á la jóven en la conspiracion que contra ella y su predilecto querido se habia fraguado? Seguramente que la alegría que manifestaba tener don Lupercio hubiera sido tan solo ilusoria en vez de real y positiva. Procuró este que su hija se colocase debajo del púlpito, sin duda para que mejor pudiera oír las alusiones de Fr. Saturnino, que supo desempeñar el papel que aquella tarde se le habia cometido á completa satisfaccion de don Lupercio. Escusado es decir que todo el sermón versó sobre el *cuarto*, y que el fraile tales cosas dijo y tan erudito se manifestó en esto de citar opiniones de los Santos padres en apoyo de lo que decia, que no solo de la inocente Teresa, sino de la mas cursada pecadora hubiera él logrado el arrepentimiento. No tuvo necesidad don Lupercio de hacer una segunda edicion del sermón; porque apenas su hija salió de la iglesia manifestábase deseosa de complacerle, y le prometió cumplir sumisamente los paternales mandatos.

No dejó de aprovecharse luego don Liborio del buen efecto de la treta por él inventada; porque trabajó en el resto de la *cuaresma* con tanta eficacia que logró que su hija despues de la *pascua* diera su mano, blanca ó morena, al ya mencionado don Juan Paniaga. Y verdaderamente que Teresa fué feliz con su marido; porque á mas de llamarse Juan, la dió *pruebas positivas* del cariño que la profesaba: á los ocho años de matrimonio contaba ya Teresita otros tantos pimpollitos, fruto por supuesto de sus amores.

Nuestro Fr. Saturnino tambien alcanzó, por recompensa de su trabajo, un *cacho de turrón*; pues asistió á la boda y fué muy obsequiado por don Liborio.

FRANCISCO DE DIEGO PINILLOS.

(*El Mundo.*)

---

## TEATROS.

---

Primera representacion de **DOÑA MARIA CORONEL**, drama original en cuatro actos y en verso por *D. Leopoldo Augusto de Cueto*.

**LA PERLA DE BARCELONA**, traduccion del frances por *D. Ramon de Navarrete*.

(*Madrid, teatro del Principe.*)

**D**oña *Maria Coronel*, ó *no hay fuerza contra el honor* es un drama de escasísima accion, en el cual el autor siguiendo un recuerdo histórico solo en la base del argumento, ha desnaturalizado algunas veces con acierto algunos

hechos que la tradicion achaca al rey D. Pedro. La accion principal del drama gira sobre el amor insensato que este monarca, tan mal tratado por algunos historiadores, y tan divinizado por algunos poetas, profesó á doña María Coronel, esposa de D. Juan de la Cerda.

D. Pedro el Cruel aparece en el primer acto rodeado de una caterva de esbirros allanando, ya por medio de estos sanguinarios instrumentos de su poder; ya con el prestigio de su corona, cuantos obstáculos se le oponen para vencer la virtuosa altivez de doña María. El carácter de esta desde el momento en que empieza á rechazar las primeras caricias del rey, hasta que con la abnegacion mas sublime que puede caber en el alma de una muger se decide á aniquilar su hermosura, origen de sus males, es la figura mas simpática y mas bella que se ha presentado en el teatro de muchos años á esta parte. En las mejores obras de los grandes maestros hay creaciones que tienen con esta algunos puntos de comparacion; pero en honor del Sr. Cueto, forzoso es decir, que en este momento no recordamos ningun poeta que haya concebido y desarrollado un carácter mas interesante y mas puro que el de la Coronel. Pero á vueltas de esta creacion que tanto acredita el talento del Sr. Cueto, tampoco recordamos ningun escritor que haya hecho una figura mas repugnante del soberbio carácter de D. Pedro, á no ser cierto cronista venal del tiempo de D. Enrique, á quien se conoce que el Sr. Cueto consultó con mas interes de lo que le permitian nuestras tradiciones populares, las cuales se hallan en completa oposicion con las opiniones del cronista ya citado. Poetas é historiadores se han convenido todos en achacar á D. Pedro la ferocidad de un tigre, pero nadie le habia despojado de la magestad de un leon.

Viendo D. Pedro la repugnancia con que doña María escucha su primera declaracion manda á un esbirro atar á una columna á su infeliz marido, y en seguida la hace conducir á ella violentamente al alcázar real. Aquí debiera concluir el acto primero, sin dar lugar á que el espectador tenga que oír las inútiles lamentaciones de un esposo que atado á una columna, ve que le arrebatan á su muger, pues hay en este espectáculo horriblemente ridículo un no sé qué de innoble que destruye el buen efecto que esta misma escena produciria sin duda á estar desempeñada con mas precision y rapidez.

En el acto segundo D. Juan de la Cerda delante de toda la corte revela el brutal comportamiento del monarca, y con versos dignos de la pluma de Rojas se manifiesta este desgraciado esposo acreedor á todas las consideraciones y respetos que constantemente se atraen en el teatro todos los buenos caballeros de la edad media, y en estos momentos llega á escitar el amor y la admiracion de los espectadores; si bien estos no se pueden olvidar enteramente de que es el mismo que en un momento ántes hacia un papel miserable atado á un pilar. Nuestro corazon se interesa naturalmente por la desgracia, pero hay infortunios degradantes que jamas escitan el dolor en toda su intensidad y grandeza.

La accion del acto tercero la constituye la fuga de doña María preparada por una célebre combleza del rey, y á la conclusion manda este, con la sangre fria de un anatómico que opera sobre un cadáver, que corten la cabeza á D. Juan de la Cerda, y se la lleven á doña María al convento á donde se acaba de refugiar. La pluma se nos cae de las manos al querer describir la consternacion que se apodera del público al contemplar la situacion de una muger que, sin mas delito que ser virtuosa, se halla sola en una celda con

una caja donde el público sabe va á encontrar la cabeza de su marido. En aquellos momentos de angustia se ven lágrimas en todos los semblantes, y tan indeleblemente se graba en el alma el espantoso efecto de aquella escena, que solo su recuerdo estremece todo nuestro ser. Ultimamente el doloroso martirio que doña María sufre al destruir las gracias de su semblante, hace refluir en pro del buen efecto del drama todas las dolorosas emociones que producen las escenas anteriores, y si bien es un placer atroz, causa cierta clase de placentera admiracion ver aquella muger magnánima entre horribles tormentos destruir su hermosura como un holocausto rendido á la fidelidad y á la virtud.

Por esta ligera reseña ya inferirán nuestros lectores que si el drama del Sr. Cueto presenta defectos que somos los primeros en censurar, su obra es una de aquellas que acreditan que su autor es un talento de primer orden. El conmover, y conmover fuertemente á un público no lo llegan á conseguir jamas los ingenios mediócras. Es cierto que el éxito del drama no ha sido de los mas brillantes, pero esto en nuestro concepto tiene una explicacion muy fácil, pues el espectador que en las penúltimas escenas ha estado padeciendo de una manera demasiado cruel aunque al final se entusiasme por un rasgo feliz, nunca se exalta tan favorablemente que perdone enteramente al autor la tortura en que ha puesto su espíritu pocos momentos ántes.

La ejecucion ha sido tan admirable por parte de la señora Diez, que siendo buena por algunos de los demas actores y principalmente por el señor Romea, hasta nos pareció que todos representaban mal. El público la aplaudió con frenesí. El Sr. Romea (D. Julian) tuvo que luchar con los inconvenientes que presentaba el antipático carácter de D. Pedro, y así es que por mas esfuerzos que hizo no pudo, como otras veces, rodearse de la mitad de la gloria que aquella noche alcanzó exclusivamente la Sra. Diez.

Hace tiempo que se representó en Paris una opereta titulada *La Rosa de Perona*, la cual acaba de arreglar á nuestro teatro el Sr. Navarrete, con el título de *La Perla de Barcelona*. El autor frances supone la accion de esta pieza en tiempo del cardenal Richelieu, y el traductor la acomoda con mucho tino hácia el año de 1704 en que reinaba Felipe V. La traduccion no está hecha, como sucede generalmente, dejando en frances los nombres propios de lugares y personas, sino que ademas de ser España el teatro de los sucesos, la pintura de los caracteres tiene cierto colorido que da á esta obra un aspecto nacional. El original es de un mérito escasísimo, y si la traduccion se ha oido con gusto es debido al talento del Sr. Navarrete, pues ha mejorado la obra francesa refundiendo actos enteros é introduciendo hábilmente situaciones de las cuales carecia, llegando á hacer interesante una fábula inverosímil. *La Perla de Barcelona*, aun á pesar del arreglo del Sr. Navarrete, no cumple con las exigencias que el público reclama, pues si abunda en chistes oportunos, en escenas originales, y en no pocas situaciones cómicas, se resiente de cierta falta de verdad que si el Sr. Navarrete habia de conservar la idea del autor, no podia remediarlo de ninguna manera.

(Heraldo.)

## EL ZAPATERO Y EL REY.

## Tercera parte.

(TEATRO NUEVO DE BARCELONA.)

A pesar de que nuestros literatos no hallan en Barcelona la proteccion que debieran tener, á pesar de mostrarse por costumbre no muy generosas las empresas de teatros cuando hay ocasion de ponerse en escena una composicion de alguno de nuestros compatriotas, y de tener que chocar estos con la voluntad ó gusto especial de nuestro público, que se muestra bajo diferente carácter en cada teatro, no obstante, de vez en cuando vemos salir á la luz pública algunos dramas, que á mas de revelar el saber y el estudio de sus autores, son una prueba de su virtud y constancia, si se atiende á lo que hemos indicado.

Estraño nos pareció dias atras cuando de repente vimos anunciada la tercera parte del *Zapatero y el Rey* y mas cuando observamos que era original de un jóven de esta ciudad. Aunque á nosotros nos constaba que su autor no era ninguno de los que hasta ahora han escrito para nuestro teatro, y con todo de haber querido entrar en reflexion sobre cual podia ser tal obra y cuál su éxito, no obstante, fallamos en bien del nuevo escritor y hasta llegamos á augurarle felicidad, ya sea por el deseo de que prosperen nuestros compatriotas, ya por aquella especie de simpatía ó confianza que nos inspiran de algun tiempo á esta parte nuestros escritores que encuentran tanta proteccion en la corte como gloria á secas en Barcelona. Sin embargo, no retrocedió por esto nuestro plan de censura y aguardamos la ejecucion del drama para manifestar nuestro voto á su jóven autor don Victor Balaguer.

Si se atiende ante todo á la popularidad y renombre de que goza Zorrilla, por haber compuesto la 1.<sup>a</sup> y 2.<sup>a</sup> parte del *Zapatero y el Rey*, no faltarán preocupados, tal vez, que pongan en comparacion aquellas con la tercera, y fallen en contra del autor de esta, por mas que encierre bellezas; ó que crean que tal composicion respire cierta rivalidad con Zorrilla, lo que, si bien puede considerarse como una preocupacion, no obstante es lo que verdaderamente podria perjudicar mas al autor, y, bajo de este concepto se debe confesar que fué mucha resolucion la del escritor que, venciendo estos obstáculos que le podian arredrar, se decidió á presentar su nueva y primera obra dramática, digna de ser alabada mas de lo que podiamos haber pensado.

Animados de la franqueza que nuestro tema de imparcialidad debe inspirarnos, no podemos menos de decir al Sr. Balaguer que, á pesar de estar muy bien dispuesto el plan del drama, con todo no es muy dramático el asunto histórico que ha escogido, y bajo el cual hace girar la venganza de Blas Perez, pues, si bien es cierto, segun dice la historia, que D. Enrique fué envenenado por medio de unas sandalias que le dió un moro, sin embargo, este mismo envenenamiento ó ha de permitirse que obre lentamente y con secreto en el ánimo del rey durante la escena, ó han de manifestarse claramente los medios que este tenga para sacudir de sí la fatal ponzoña. En el primer caso haria pesada la escena y no podria menos de presentar monoto-

nía é inverosimilitud; en el segundo degradaría el caracter del rey, supuesto que es tan bajo el objeto por el cual se le comunicá el veneno, y el efecto de la accion tampoco podría ser tan dramático.

El autor ha puesto tambien como uno de los principales personajes á Blas Perez, cosa que algunos han mirado como irregular, suponiéndole muerto en el final de la segunda parte, pero en esto se equivocan y acertó mucho el autor en hacerlo así, pues para presentar una venganza tal como ha querido llevar á cabo, era preciso que buscara uno de aquellos mismos personajes que lucen en los dramas anteriores de Zorrilla, siendo casi indispensable echar mano del hijo del zapatero de la primera parte y del capitán de la segunda, para reunir lo histórico con lo ficticio, presentando en la tercera al mismo personaje como moro vengador. Además, que aunque esto fuese un verdadero anacronismo, debe disimularse, pues si en la historia los cometen cada dia los escritores, nada tiene de extraño que un escritor presente bajo diferente aspecto al personaje ficticio que otro se ideó.

La parte de composicion es buena, aunque el autor, llevado sin duda de aquel santo entusiasmo que respira un jóven ambicioso de gloria y lleno de la inspiracion, de que es tan rica el alma en los primeros momentos que se deja arrebatado por el genio del arte, habló demasiado con el corazon, por decirlo mejor, y aumentó sobradamente el número de soliloquios que debe tener todo drama. Con todo, estos mismos soliloquios tienen un gran mérito, pues son enteramente variados y no llegan á hacerse pesados, lo que sirve de mas recomendacion aun al autor, pues, como si poseyese un verdadero secreto del arte, ha hecho producir un efecto diferente, á favor suyo, de lo que comunmente produce tal género cuando abunda.

Injusto fuera si no felicitáramos al Sr. Balaguer, ya por el plan de su drama que es muy sostenido y de grande interés, ya por el bello carácter de los personajes que se presenta siempre igual en cada uno de por sí, y del todo diferente entre sí, y ya en fin por la prueba que nos acaba de dar de su talento, mostrándonos una coleccion de robustos y bien ligados versos, una abundancia de ideas verdaderamente dramáticas y un estudio particular (como se deduce del estilo) de los autores de nuestro teatro antiguo. Esperamos que el Sr. Balaguer no se arredrará presentándonos cuanto antes alguna otra composicion en escena.

El desempeño fué muy bueno y se lucieron muy particularmente los señores Pizarroso y Massa y la Sra. Gonzalez que se espresó con mucho sentimiento y enerjía, particularmente en el soliloquio «Llorad mis ojos, llorad» donde nos infundió una ternura sin límite.

Al acabarse la funcion el autor fué llamado á la escena, prueba de que el público quedó complacido y no interpretó mal el intento que aquel se propuso al escribir el drama; de lo que nosotros estamos muy convencidos, copiando en prueba de ello los siguientes versos, con que el Sr. Balaguer, sabemos que dedica su drama al Sr. Zorrilla: lo que hacemos tambien para que el público deduzca, por el mérito de estos versos, cuales pueden ser los del drama, del cual ninguno copiamos, por no estar impreso aun y no haber llegado á nuestras manos.

A D. JOSÉ ZORRILLA

*dedicándole el drama en verso* La tercera parte

DEL ZAPATERO Y EL REY.

Porque se atreve altanera

La avecilla cariñosa

A subir á la alta esfera,

Donde muerte silenciosa

Sabe solo que le espera?

Porque se lanza atrevida

Y audaz las alas estiende

Tras el águila temida,

Que altiva los aires hiende

Cual ráfaga embravecida?...  
=

Porque se viste amorosa

Del orgullo con las galas

Y se afana cautelosa,

Si el sol quemará sus alas

Cual quema su faz hermosa?

Estraño poder del hombre!

Cual la avecilla se afana,

Sin ver que tan solo gana,

Aunque hoy alcance un buen nombre

Olvido para mañana!

Presuncion y vanidad

Es tan solo el corazon,

Y aunque así sea en verdad

Es tan bella la ilusion,

Tan dura la realidad!

Que hace el hombre en esta vida?

Trás un sueño se lanza,

Trás una ilusion mentida,

Que aunque falsa la esperanza

A seguir trás sí convida.

Y entre soñar y sufrir,

Y entre gemir y llorar,

Quiere el hombre descansar

Y cansado de dormir

Vá en la tumba á despertar.  
=

Tú pues que águila altanera

Cruzas inmenso el espacio,

Y habitas en el palacio

Que tu génio te formó

Tú que alcanzaste esplendente

En el mundo y en la historia,

Una corona de gloria  
 Que el hombre á tus pies rindió :  
 Un destello de tu génio  
 Presta al vate que te admira,  
 Al que en tí, Zorrilla, mira  
 Un coloso del saber,  
 Al que pretende afanoso,  
 Aunque haya en ello osadía,  
 Ser tan solo en algun dia  
 Atomo de tu poder.

Mas que importa?... De la luna  
 Con afan siguen las huellas  
 Las luminosas estrellas  
 Que reflejan en la mar,  
 Y aunque esbeltas y ligeras  
 Siguen su camino errante,  
 Su luz vaga y delirante  
 Jamas pueden alcanzar.

Por eso yo me estasio  
 De tu genio en la alta esfera,  
 Y te sigo en tu carrera,  
 Vate del suelo Español;  
 Sigue en tu destino, audaz :  
 Yo con asombro te miro,  
 Que á ser yo tan solo aspiro  
 Satélite de tu Sol.

( *Impar.* )

---

 ROGER DE FLOR

Ó EL MANTO DEL TEMPLARIO;

*original de don Antonio de Bofarrull. = ( Teatro de la Cruz de Barcelona. )*

**L**a circunstancia de ser otro de nuestros colaboradores el Sr. de Bofarrull no ha de privarnos de examinar imparcialmente el Roger de Flor; aunque sí nos pone en el caso de que prefiramos una sucinta idea de su argumento y copiar algunos trozos, mas bien que detenernos en emitir conceptos propios, para que nuestros lectores juzguen por sí mismos y no miren con prevencion nuestras palabras. Roger de Flor cuyo corazon ardiente y carácter aventurero le impulsan á abandonar la órden del temple para ir en busca de hazañas ruidosas que eternicen su apellido, llega á la corte de Sicilia encargado por D. Jaime de Aragon de dos misiones importantes; realizar la espedicion proyectada á fin de librar á la Grecia del yugo ominoso de los turcos, y averiguar el paradero de una hija natural del monarca aragones encomendada á los cuidados de D. Bernardo de Queralt padre putativo de doña O. Llega Roger á Sicilia cuando habia fallecido ya Queralt, y doña O. no tenia mas arbitrio que entregar su mano á Pedral, privado del rey, vendido á los

franceses, poseedor del secreto de su nacimiento, y dueño por torpes intrigas de la joya que habia de servir para atestiguar el ilustre origen de aquella jóven. El valeroso Roger que aspira al mando de la expedicion ha vencido en un torneo á Pedral, ha recibido de manos de doña O. la corona debida á su triunfo, y el amor enlazó desde aquel instante los corazones del vencedor y de la reina del torneo; pero doña O., que reconoce someterla el destino á ser esposa de Pedral, no quiere quebrantar su fe, y se limita á proteger á su amante contra las intrigas de su opresor, que se propone estorbar la expedicion y que trata de presentar al rey un pliego recibido de la Santa Sede en que se reclama á su rival como desertor del temple. Establécese la lucha entre ambos rivales, y vence en un principio Roger que logra parar el corcel desbocado en que montaba el rey, y que merced á los cuidados de doña O. desposee á Pedral del pliego del pontífice romano; pero su honradez no le permite apoderarse de la correspondencia entre el vicario de Cristo y un escelso monarca, encarga á doña O. que lo custodíe hasta que llegue de Aragon el perdón de su delito y la absolucion de sus votos que por momentos espera; y este acto de desprendimiento facilita á Pedral reconquistar el fatal pliego, miéntras arrebatando la blanca seña que desde la torre de palacio debia llamar á las naves reunidas en Catuna para proveerlas de hombres, recursos y gefes, cree haber llegado á la completa realizacion de sus planes. No duerme empero Roger, nota la desaparicion de la blanca seña, y la sustituye con un manto de Templario que le dió D. Jaime para que le sirviese de talisman y enseña, el mismo manto en que fué envuelta doña O. cuando recién nacida, y prenda que ha librado ya á Roger de mas de un apuro. Roger triunfa y va á ponerse á la cabeza de la expedicion; cuando el privado pone el citado pliego en manos del rey, y corta las alas á su rival, no sin que este, dando al rey la carta de D. Jaime para el difunto Queralt y aprovechándose de lo que oyó á Pedral en un momento de imprudencia, patentice los bajos sentimientos del privado y la escelsa cuna de doña O.: llega á esta sazón el perdón que esperaba Roger, encomienda al rey la guarda de doña O. hasta que él vuelva triunfante de la expedicion, y empuñando la espada del monarca juramenta á sus soldados y se dirige á la gloria. Este es el esqueleto del argumento, que adquiere mas animacion en el desarrollo, y que mas tuviera si el autor no se hubiese dejado llevar de una propension, natural en las primeras producciones, á desleir en demasía las ideas: acaso no sea otra la causa de no haber sido el triunfo del autor tan completo como hubiéramos deseado; por mas que nos parece haber notado en los espectadores, la primera noche de la representacion de Roger, mas distraccion y ménos impulsos entusiastas que otras veces, y por mas que la presencia de cierto personage en el coliseo desvirtuase el efecto de una relacion, cosa que nunca hubiéramos creído sucediese en un teatro que no fuese de aldea. Vamos á concluir este artículo dando algunas muestras de la versificacion.

*En el segundo acto.*

D<sup>a</sup> O. Confusa la mente sin paz ni alegría  
 El pecho me guía  
 Buscando á mi amor;  
 Mas ay! por do quiera que amante respiro  
 Ni un solo suspiro  
 Responde á mi voz.

Si busco mi estrella de amor con anhelo  
 Mil nubes del cielo  
 Me tapan la luz;  
 Si pido á las aves: que alivio me cedan  
 Gimiendo remedan  
 Mi amor y virtud:  
 Si voy por el campo consuelo buscando,  
 El cierzo bramando  
 Me saca de allí;  
 Si al mar le pregunto que pena es aquesta  
 Me da por respuesta  
 Tormentas sin fin.

Y es esto la vida? ay Dios! me confundo!  
 A esto en el mundo  
 Se llama vivir.  
 Ah! brama mar fiera; llorad aves bellas;  
 Huid las estrellas  
 Que hermosas lucís;  
 Recuerdos y dichas dejadme luego,  
 Que llanto de fuego  
 Mis ojos ya dan!  
 Me abraso!... Si es fuerza vivir abatida,  
 A fé que mi vida  
 La muerte será!!

Roger amante fiel y súbdito esforzado lleva en una mano el anillo del rey y en la otra el que le dió D<sup>a</sup> O., y con este motivo cuando le pregunta en el segundo acto

*Pedral.*

¿Que tienes, que en mi furor  
 Siempre me sabes vencer?

*Contesta Roger.*

En una mano el poder  
 Y en otra mano el amor.

Por último, no permitiéndonos el breve espacio de que podemos disponer dar tantas muestras como quisiéramos de la versificación del Sr. Bofarull, nos limitaremos á las siguientes octavas del final del drama:

*El Rey.*

Roger, para mandar toma mi espada.

*Roger.*

La tomo, sí! Escuchad mis compañeros:  
 Sobre su cruz yo juro por mi vida  
 Del turco castigar los desafueros  
 Y á Grecia levantar de su caída!  
 En vosotros confío caballeros;  
 Juradme pues que dejareis cumplida  
 La sagrada mision que comenzamos  
 Con celo y con honor.

Los caballeros:

Si ¡Lo juramos!

Roger.

Al arma, pues! La expedicion pujante

Salga del puerto ya y vá á Grecia; embista;

Preséntese á sus playas cual gigante

Que hace rendir tan solo con la vista;

Las naves mas veleras adelante,

Las primeras serán en la conquista,

Serán las garras del gigante horrible;

Su corazon mi ejército invencible.

(A D. O.) Ya que es fuerza marchar de aquí Señora.

Oid mi inspiracion por vez postrera:

La sed de mayor gloria me devora;

Pero Roger, por vos solo la espera:

Pensando en vos mi espada vencedora

Será, elevando tanto mi bandera,

Que un pez no ha de arrimarse á mis bajeles

Que no muestre en la espada mis cuarteles.

Marchemos ya! Valor y honor se auna;

Libertemos del yugo al pobre griego!

Seguirá con nosotros la fortuna

Dueños nos hará de todo luego;

Mas no olvidéis, al ver la media luna

Del sol aragones muerta en el fuego,

Que al manto de templario que nos guia

Debé Roger de Flor su nombradía!

Los actores se esmeraron todos en la ejecucion, y la Sra. Palma y los señores Alcaraz y Ahita, sobre quienes pesaba el mas difícil desempeño, se penetraron completamente de sus respectivos papeles. J. M. G.

(Impar.)

## POESÍAS.

### HIMNO CANTADO POR LA SECCION DE MUSICA,

en el Liceo de Madrid en celebrad del regreso á España de S. M. la Reina Madre.

CORO.

De dos Reinas la union peregrina

nuevo brillo da al régio dosel.

¡Viva, viva la esçelsa Cristina,

viva, viva la augusta Isabel!

Veces mil la discordia funesta

asoló poderosas naciones:

el esfuerzo de insignes varones

bastó apenas su furia á domar.

Solo España leal, generosa,  
el encono de infanda querella  
á los pies de una tierna doncella  
ha depuesto y jurado olvidar.

II.  
No sin causa tu pueblo, ¡oh Cristina!  
entusiasta, rendido te adora;  
no sin causa te llama, Señora,  
alto numen de paz celestial.

Tú la guerra civil terminaste;  
tú ilustrado, tú libre le hiciste;  
tú en las sienes de un ángel pusiste  
la esplendente diadema real.

III.  
Plegue al cielo que días sin cuento  
de Isabel el gobierno nos rija;  
que consejo y apoyo tu Hija  
largos años ¡oh Madre! halle en tí.

Será así de la España algún día  
mas brillante, mas bella la historia;  
de poder, de ventura, de gloria,  
su feliz porvenir será así.

ANTONIO MARIA SEGOVIA.

RESIGNACION.

*A mi amigo D. José Delgado y Ayala en la muerte de su padre.*

Qual débil yedra al fuerte tronco asida  
Creciste al dulce abrigo  
Del padre tierno que en tu incierta vida  
Fué cariñoso amigo.  
Idolo tuyo, en incesante anhelo  
Tu honor, tu dicha ansiaba,  
Partícipe del bien que el frágil suelo  
Pasajero te daba.  
Bajo su manto paternal, escudo  
Hallaste en el combate  
De la desdicha, que vencerte pudo,  
Que hoy tu firmeza abate.  
Arbol frondoso, á esa familia un día  
Que ya en vano le nombra,  
Y al que á su arrimo protector venia,  
Dió bienhechora sombra.  
La encina así creciendo en el collado  
Robusta, alta, florece,  
Y nido al ave, al labrador cansado  
Sombra su copa ofrece.

Asi frondosa coronando el viento  
Inmoble desafia  
La escarcha, el rayo, el rebramar violento  
De la tormenta impia.  
Hasta el tiempo que implacable avanza  
Con destructor anhelo,  
Su copa y tronco desgajados lanza  
Con rudo golpe al suelo.  
Justo tributo tu es, tirano  
En lagrimas te ordena:  
Mas sin remedio ya, tu lloro es vano,  
Estéril es tu pena.  
No asi tenaz en lagrimas deshecho  
Con inútil porfia,  
Niegues la calma á tu oprimido pecho  
Que mi amistad te envidia.  
La fuerza al cabo, y la razon turbada  
Cobra; en el llanto cesa:  
Sordo el cielo á tu voz, la parca airada  
No ha de volver su presa.  
Sábio el destino con potente mano  
Su influjo al orbe estiende,  
E inútil el mortal se esfuerza en vano  
Si burlarle pretende.  
El sol, el mar, la planta, el hombre, el bruto,  
Cuanto en el mundo adorna  
La creacion con su abundoso fruto  
Todo á la nada torna.  
Por ley comun en nuestra triste vida  
Corremos de una suerte,  
Y se olvida de sí si el hombre olvida  
Que es presa de la muerte.  
Tú, que en la dicha del placer constante,  
De la afable ternura  
Del blando pecho de tu padre amante  
Cifrabas tu ventura;  
Tú, que á través de la sonrisa aquella  
Que en su rostro mirabas,  
El desengaño y la profunda huella  
Del infortunio hallabas;  
¿Qué sabes, di, si el Hacedor Divino,  
Si el que invisible rige  
Del hombre incierto el áspero camino,  
Y su rumbo dirige,  
No le elevó del fango levantado  
De la terrena escoria  
A la eternal ventura, al sol ansiado  
De su incfable gloria?

JOSÉ DE GRIJALBA.

F. Guasp editor.—Imprenta nacional.